

Reseñas

CLAUS OFFE, *Autorretrato a distancia. Tocqueville, Weber y Adorno en los Estados Unidos de América*, Buenos Aires, Katz Editores, 2006, 160 pp.

PABLO DE MARINIS*

Conocíamos a Claus Offe por sus sesudos, densos y por lo general voluminosos textos sobre el Estado de Bienestar, los movimientos sociales, las transformaciones del trabajo asalariado. Más recientemente, por sus estudios acerca de las transiciones democráticas en los países postcomunistas de Europa del Este. De este politólogo —uno de los más importantes de la actualidad, y no sólo en Alemania— también teníamos el interesante dato biográfico de que fue asistente de Jürgen Habermas en la Universidad de Francfort, en los turbulentos años de finales de la década de los sesenta.

Gracias a la reciente aparición en castellano del libro que aquí se reseña (de cuidada edición y respetuosa traducción), podemos saber algunas cosas más acerca de su autor. Breve, reflexivo, curioso, este libro recoge sus *Adorno-Vorlesungen* dictadas en 2003 en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Francfort. En ellas, Offe reforzó su imagen de riguroso investigador del pensamiento político y social de la modernidad occidental. Pero también reveló su interés por “usar” estas lecturas de textos ya clásicos como pretexto para una reflexión más vasta. Así, en este libro intenta indagar acerca de algunas de las encrucijadas de nuestra época, pero poniéndolas en relación con preguntas de más larga data, a saber, ¿cuál es la naturaleza de la modernidad occidental? ¿Debe ser concebida como una unidad indisoluble? ¿O existen acaso ramas de un tronco común?; preguntas más que interesantes en América Latina, donde el interés por develar los perfiles peculiares de nuestra versión de la modernidad siempre ha sido significativo.

No es “todo Occidente” lo que está implicado en el libro que aquí se comenta, sino sólo (y no es poco, como veremos) Estados Unidos y Europa, sus históricas y sus actuales relaciones, y sus miradas recíprocas, en las que siempre se han combinado tanto la fascinación y la esperanza, como la envidia, la desconfianza y el temor.

La puerta de entrada que elige Offe para introducirse en este laberinto son las obras de Alexis de Tocqueville, Max Weber y Theodor Adorno. Pero tampoco se

* Universidad de Buenos Aires-CONICET, Argentina.

trata del conjunto de sus obras, sino fundamentalmente de las que escribieron impactados por sus experiencias personales en Estados Unidos. En resumidas cuentas, las que hace Offe son observaciones de segundo grado. Observa las observaciones que estos tres autores hicieron acerca de Estados Unidos en tiempos, circunstancias y con motivaciones bien diversos. Las historias son bastante conocidas, pero igualmente tiene sentido resumirlas aquí.

Tocqueville: un funcionario judicial francés en comitiva oficial, realiza un viaje de estudios a Estados Unidos para buscar información que pudiera servir como insumo para la reforma del sistema judicial de su país. Las experiencias de ese viaje de nueve meses, entre 1831 y 1832, terminaron sirviéndole como cantera para sus más importantes obras, en especial *De la democracia en América*.

Weber: un académico alemán repomándose de una complicada afección nerviosa, viaja a aquel país en 1904 para participar en un congreso, acompañado por su mujer, Marianne, y por otros famosos especímenes de la alta cultura alemana, como Ernest Troeltsch y Werner Sombart. Al congreso le sigue una intensa actividad turística por buena parte del país, en la que Weber jamás deja de jugar al curioso científico social que siempre fue. Este viaje fue aún más breve que el de Tocqueville (duró poco más de dos meses), pero su impacto sobre su obra posterior fue enorme, en particular sobre algunos de sus ensayos de sociología de la religión.

Adorno: un filósofo marxista alemán de origen judío, conspicuo miembro de la Escuela de Francfort, debe huir del régimen nazi y encuentra en Estados Unidos un lugar donde refugiarse y seguir trabajando. Para Adorno fueron eternos y bastante penosos los once años que debió vivir allí, entre 1938 y 1949. En esos tiempos de exilio escribió algunas de sus obras más conocidas, tales como *Minima moralia* y la *Dialéctica de la Ilustración* (esta última junto a Max Horkheimer).

Pero volvamos al observador Offe. Como dijimos, Offe observa observaciones. Pero las *Betrachtungen* que estos tres autores hicieron sobre Estados Unidos fueron en realidad ejercicios interesados en llegar a ser también *Selbstbetrachtungen*, es decir, autoobservaciones. Porque al observar de cerca aquel país, estos personajes indudablemente europeos pretendieron también (y sobre todo) encontrar claves “a la distancia” para comprender Europa, anticipar su futuro, explorar sus potencialidades y prever sus posibles catástrofes. Tal como lo afirma Offe, estos autores se inscribieron en un ejercicio habitual del pensamiento social europeo a partir del siglo XVIII: “tratar de comprender en el espejo de las realidades americanas, la naturaleza y las posibles soluciones a los problemas europeos” (p. 10). Esto mismo podría valer para el ejercicio que realiza Offe en este libro pero, como luego veremos, no es precisamente esto lo que termina resultando.

Los presupuestos teóricos e incluso existenciales de los tres ejercicios de observación analizados por Offe son disímiles. Y a estas diferencias está muy atento; sin embargo, se esfuerza por encontrar algunos rasgos compartidos. El que primero aparece ya fue mencionado: las tres intervenciones conforman intentos por comprender Europa en contraste con Estados Unidos. Otro: estos tres emprendimientos son designados como “viajes”, esto es, “un cambio temporario de paradero con la intención de regresar” (p. 9). Y habría además, siempre según Offe, un tópico compartido por es-

tos viajeros: la preocupación acerca del precario destino de la libertad en las sociedades del mundo capitalista moderno, la que se resumió en tres frases clave, centrales en sus obras posteriores: “tiranía de la mayoría”, para el francés; “jaula de la servidumbre”, para uno de los padres fundadores de la sociología; y “cosificación” y “mundo administrado”, para el filósofo de Francfort.

El libro de Offe está estructurado sencillamente en cinco capítulos. Uno que introduce la problemática general de sus conferencias y sus esquemas básicos de lectura. Luego siguen tres capítulos dedicados, respectivamente, a los autores en cuestión. Y cierra con un capítulo de conclusiones, donde Offe resume su interpretación de los materiales de los autores y deja tímidamente planteadas algunas reflexiones de su propia cosecha.

Predomina en todo el libro un tono discursivo reposado, típico de clase teórica en la universidad. En los tres capítulos centrales, Offe presenta rigurosamente el pensamiento de los autores, sirviéndose de una diversidad de fuentes. Y agrega al final de cada capítulo, como con cierta timidez todavía, algunas reflexiones propias acerca de la actualidad (o no) de que estos pensamientos gozarían. Recién en el capítulo final parece soltársele algo más la pluma (luego se verá cómo).

Volviendo a la introducción, en ella Offe bosqueja un esquema para describir las relaciones entre Europa y Estados Unidos, con el que luego clasificará las posiciones de los tres autores. Poniendo el eje en una dimensión temporal, postula la existencia de una visión “A” según la cual Estados Unidos aparece como “vanguardia” de un proceso. De acuerdo con esto, los europeos pueden ahí anticipar lo que sucederá con ellos más tarde o más temprano. Por el contrario, en la visión “B”, Estados Unidos aparece como “rezagado” en un camino que Europa ya recorrió, es decir, como una suerte de versión inmadura o primitiva de Europa. Estas dos visiones son susceptibles de interpretaciones tanto positivas (“1”) como negativas (“2”). Combinando una letra y un número podrían conformarse cuatro posibles posiciones, tres de las cuales, como veremos, serán ocupadas por Tocqueville, Weber y Adorno.

La casilla “A1” (Estados Unidos como vanguardia en un sentido positivo) es la que le corresponde a Tocqueville. En efecto, este autor quedó positivamente impresionado por el alcance de las “artes de la asociación” y por la intensidad de los “hábitos del corazón” de raíz religiosa implantados en la conciencia del estadounidense medio. Sin estar atados como Europa a tradiciones ancestrales y a rígidas jerarquías estamentales, los estadounidenses han logrado conformar un sistema político controlado por infinidad de mecanismos dispersos de pesos y contrapesos, y justamente eso (y no la presencia de un aparato estatal centralizado) es lo que lo ha salvado de la anomia que aqueja a Europa. Justamente esa anomia que habría de ser el *leitmotiv* de prácticamente toda la historia de la sociología europea que va desde Comte hasta Durkheim, y que en su momento retomarían Parsons.

Weber, por su parte, es incluido en la casilla “B1” (recordemos: Estados Unidos se encuentra atrasado respecto de Europa, pero justamente en ello reside su virtud, al menos transitoriamente). Weber se pregunta si podrá Estados Unidos encontrar un camino que le permita cambiar el destino de lo que Europa ya venía mostrando (burocratización, racionalización, despersonalización, pérdida de sentido, etc.), para de

ese modo proteger sus libertades individuales. En notable consonancia con Tocqueville, aunque con algo más de sobriedad, Weber se muestra fascinado por la vitalidad de la sociabilidad estadounidense, presente en las numerosas sectas y asociaciones, así como por ese “anhelo obstinado de no ser subordinado” que domina la mentalidad del “yanki promedio”. Pero para Weber todo esto no será suficiente: Estados Unidos se europeizará, inexorablemente, porque se resecarán estas tradiciones autogestionarias de la sociedad civil, o serán funcionalizadas al servicio de los crudos intereses del capital.

Adorno, por su parte, también entra en el grupo “A”, pero en su variante “2” negativa: Estados Unidos como vanguardia, sí, pero del camino a la “perdición” al que Europa ya llegará, de la mano de un proceso imparabable signado por la destructividad del progreso, el conformismo político, la idiotización de las masas de la mano de la industria cultural, y muchos etcéteras más.

Pero el análisis de Offe es muy riguroso en su lectura de los autores, y se resiste a dejarse llevar por las primeras impresiones. Está muy atento a las numerosas contradicciones en que incurren, las cuales aquí ni siquiera podrán ser mencionadas pero que están debidamente documentadas en su libro. Offe simpatiza claramente con la textura siempre abierta de Tocqueville y de Weber, tan llena de ambivalencias, matices y fisuras expresamente planteados y donde son evidentes los esfuerzos por procesarlos (por ejemplo, las tensiones entre la libertad y la igualdad, en el primero; o las tensiones entre los procesos de europeización de América y de americanización de Europa, con tantas variantes y mediaciones, en el segundo).

Por el contrario, en lo que respecta a Adorno, Offe demuestra cierta irritación ante sus juicios siempre tajantes y terminantes, así como ante la selectividad con que escoge sus materiales de observación. Y para fundamentar esa irritación, recurre a textos de Adorno escritos en la postguerra, a su regreso a Alemania, mucho menos conocidos que los producidos durante su exilio en la “California alemana”, textos en los que para sorpresa de muchos Adorno muestra un brusco cambio de posiciones. En efecto, llama la atención de Offe que el “dialéctico Adorno” (p. 132) nunca haya explicado cómo fue posible que su encendida crítica al consumismo y la cultura de masas, y su preocupada advertencia ante el avance inexorable de la racionalidad tecnológica, económica y militar pudiera convertirse, años después, en una imagen diametralmente opuesta. En efecto, en estos escritos posteriores Adorno llegó incluso a simpatizar con las corrientes de sociabilidad propias de la sociedad norteamericana que, lejos ya de funcionar como mecanismos de control social y de promoción del conformismo (como había sostenido antes) pudieron actuar como diques de contención frente al fenómeno del totalitarismo con una intensidad que en Alemania, evidentemente, no había sido posible. Offe lamenta, con razón, que no haya en Adorno explicación alguna para este notable cambio de opinión.

Llegamos así al último capítulo. Aquí, sin pretensión de encaramarse sobre la obvia ventaja de haber nacido después, Offe apunta brevemente en qué sentido los pronósticos de los autores no se han verificado: contra Tocqueville no puede decirse que en el Estados Unidos de hoy hayan desplegado su eficacia los mecanismos para contener el individualismo consumista; además, los actuales acontecimientos del orden

geopolítico mundial, con un Estados Unidos erigido en gran potencia imperial, dan por tierra con la hipótesis de Tocqueville acerca del papel marginal del militarismo en aquel país. Contra Weber podría afirmarse que no se ha producido ninguna europeización de América, sino al contrario (y habría que explorar en qué sentidos). De cuestionar la validez de la hipótesis de Adorno acerca del imparable predominio embrutecedor de la racionalidad tecnológica y de la personalidad autoritaria se encargó el mismo Adorno, de manera que no habría mucho más para agregar.

Acto seguido, y hasta el final del libro, sigue una serie de reflexiones de Offe de diverso calibre. Algunas, rozando con la obviedad, no están en absoluto a la altura del desarrollo previamente realizado, dado que —como hemos dicho— sus observaciones sobre las observaciones de los tres intelectuales europeos sobre Estados Unidos son rigurosas, meditadas, prolijas e inteligentes. Otras son muy sugestivas, en especial en lo que hace a detectar algunas encrucijadas en las que está involucrado el Estados Unidos de hoy, pero donde en contraste aparecen lamentablemente muy pocas reflexiones acerca de Europa, su futuro, sus preguntas y su identidad. En lo que sigue, examinaremos todo esto con algún detalle.

Comencemos por las obviedades. Offe está en lo cierto cuando afirma que Tocqueville, Weber y Adorno manejan una concepción de “Occidente” como si estuviera regido por “legalidades evolutivas uniformes” (p. 139), como si su evolución se hubiera desenvuelto “en torno a un principal eje típico-ideal”. Las características históricas comunes de Europa y Estados Unidos son evidentes, afirma Offe. Allí cuentan desde el papel central del cristianismo, los grandes cambios sucedidos en el último cuarto del siglo XVIII, las oleadas migratorias de un sitio a otro, etc. Pero también las diferencias son decisivas, y Offe enumera varias: no son comparables sus dimensiones territoriales, así como las redes de poder e intereses que respectivamente tejen en relación con América Latina y el área del Pacífico; en el caso de Estados Unidos es de gran peso la presencia de población indígena y de origen africano; también la heterogeneidad y desigualdad en las condiciones de vida de la población son notables en este país; el sistema político estadounidense está mucho más fragmentado que el de los países europeos; a diferencia de Europa, en Estados Unidos no hubo movimientos de masas fascistas o estalinistas, etcétera.

Por todas estas razones, Offe concluye que “resulta prudente someter el concepto de “Occidente”, comprendido con un sistema de valores unánimes, a un examen escéptico o, de ser necesario, a una deconstrucción consecuente” (p. 141). Con esto, Offe parece hacer caso omiso al trabajo de muchos intelectuales (desde Said hasta Spivak, entre muchos otros, y por no mencionar a muchos latinoamericanos) que desde hace décadas se dedican precisamente a hacer lo que ahora plantea con gran circunspección, como si fuera una novedosa y valiosa sugerencia.

Pero hay algunas obviedades más en los argumentos de Offe: Estados Unidos es el centro de un sistema de dominio militar, político, económico y cultural incontrolable. Sus decisiones no se ven afectadas por las normas y limitaciones que rigen para el resto del mundo. Las realidades estadounidenses se han vuelto realidades locales (no necesitamos viajar ahí, como lo hicieron los tres autores que analiza Offe, para conocer sus valores, intereses y modelos culturales). Desde la segunda guerra mun-

dial, gran parte del mundo ha adherido a estos modelos económicos, políticos y culturales. Pero esto no ha sido el resultado de una libre elección de estos países, sino que fue una imposición imperativa (con o sin armas de por medio) por parte de Estados Unidos. En lo que hace a su seguridad militar, la mayoría de los países o bien dependen de Estados Unidos, o bien están potencialmente amenazados por este país. Pero, ¿no sabíamos ya todo esto?, en América Latina desde luego que sí, y desde hace varias décadas. ¿Pero no lo sabían acaso también muchos europeos?, seguramente que sí. Es por eso que me atrevo a calificar como obviedades todos estos argumentos.

Desde este punto hasta el final del libro el análisis de Offe se toma más estimulante. Es cuando se dedica a analizar cuestiones que atañen a la identidad estadounidense y a sus encrucijadas actuales. Las resumo en lo que sigue, en la forma de tesis.

- Desde la primera guerra mundial, la identidad estadounidense busca proyectarse hacia fuera y sobre los demás (la corroboración de su identidad depende de la transformación de los demás a su imagen y semejanza).
- De ahí el rol activo que Estados Unidos han venido ocupando en llevar a todo el mundo su particular versión de los valores de *freedom and democracy*.
- Quizás estas acciones orientadas “hacia fuera” tengan la función de maquillar las profundas fracturas internas de la sociedad estadounidense.
- Sin embargo, en lo interno, estos valores político-ideológicos son incuestionables, y pueden encontrar sus raíces en las tradiciones de comunización religiosa de los pioneros.
- Cuanto más escasean las razones para la guerra, más imperiosa se vuelve la necesidad de beatificarla. Hasta el final de la guerra fría, el rol del enemigo “malo” lo ocupó el bloque soviético. Luego se amplió la libertad de Estados Unidos para elegir a sus enemigos, sobre todo eludiendo los derechos a la definición de los demás (las reglas del derecho internacional, las Naciones Unidas, etcétera).
- Nada de esto, concluye Offe, estuvo dentro del campo visual de estos tres observadores tan sagaces.

La reseña crítica de un libro tiene que contener inevitablemente referencias a lo que los textos dicen, o a lo que los reseñantes entienden que dicen (esto es, *grosso modo*, lo que se ha intentado hacer hasta ahora). Pero también es legítimo cuestionar a un autor por lo que no dice y bien podría haber dicho. Los méritos evidentes de este libro ya fueron previamente reseñados, y podrían resumirse así: “magníficamente documentada observación —la de Offe— de las observaciones de unos europeos —Tocqueville, Weber, Adorno— sobre Estados Unidos, para desde allí pensar en Europa”. Esto es, en suma, lo que Offe hizo. Pero puede echarse en falta lo que no hizo el europeo Offe: pensar en la Europa actual, en sus desafíos, en sus encrucijadas políticas y culturales. ¿O se trataba simplemente de realizar una mera exégesis de los textos de estos tres ilustres viajeros y con ello ya deberíamos conformarnos?

Para concluir, y asumiendo que se trata de hipótesis que requerirían un tratamiento mucho más detallado que el que puede dársele en una reseña: ¿será que Euro-

pa —mejor dicho, sus intelectuales, o al menos algunos de ellos— está abrumada y sin discurso por lo que quizás sea una tendencial “americanización” de su mercado de trabajo, sus industrias culturales, sus sistemas de educación superior, su estructura de clases, sus cuestiones de etnicidad, sus pautas de consumo, las características de su democracia liberal, sus espacios urbanos, sus medios de comunicación, etc.? ¿Será que Europa ya no puede pensarse a sí misma recorriendo un camino autónomo, al menos todo lo autónomo que pueda ser en un mundo signado por los avatares de una “globalización” de indiscutible tinte estadounidense? El libro de Offe es muy valioso, porque deja la mesa prolijamente servida para una reflexión de esta índole. Aunque quizás él mismo no se haya atrevido a empuñar con firmeza los cubiertos.

CHARLES TILLY, *Regimes and repertoires*, Chicago, The University of Chicago Press, 2006, 256 pp.

EDGAR EVERARDO GUERRA BLANCO*

Los estudios contemporáneos de la acción colectiva contenciosa en general, y de los movimientos sociales en particular, han acometido la ingente tarea de explicar y comprender las condiciones necesarias y suficientes implicadas en la organización y expresión de las manifestaciones de protesta que, al interior de los regímenes democráticos liberales, o en el reducido espacio de la protesta que permiten o soslayan los totalitarismos, autoritarismos, o sistemas políticos en “transición”, se realizan de manera cotidiana, ya sea con el objetivo de exigir la ampliación de derechos políticos, sociales o culturales, u otras más formulando, solicitando y articulando una postura en torno a un debate público, una tendencia artística, o tan sólo motivadas por la perspectiva de compartir una experiencia colectiva. En la búsqueda de herramientas de análisis que contribuyan al esclarecimiento de los “nómadas del presente”, como ha llamado Alberto Melucci a los grupos humanos en movimiento, se ha construido una enorme base teórica y se ha acumulado un acervo no menos desmedido de evidencia empírica; cosechado todo desde los procesos que se desarrollan en las “profundidades de la vida cotidiana”, hasta los mecanismos e interacciones observados entre los regímenes políticos y los protestantes.

Así, por ejemplo, los científicos sociales de la tradición norteamericana del estudio de la acción colectiva han distinguido empíricamente, y desarrollado de forma analítica, una serie de variables fundamentales para entender la formación, el desarrollo y declive de los movimientos sociales, como son las organizaciones del movimiento, los marcos culturales que fundamentan y justifican su protesta, o la estructura de oportunidades políticas que permite entender el juego estratégico que se entabla entre líderes y activistas, por un lado, y autoridades, élites u oponentes, por el otro.

* Centro de Estudios Sociológicos, Universidad Autónoma Metropolitana.

Sin embargo, son los repertorios de la acción colectiva, a saber, las estrategias, tácticas y los utensilios de la lucha, una de las constantes constitutivas de todo movimiento o de toda acción colectiva que no ha recibido la suficiente atención y mucho menos ha merecido un estudio sistemático que la visualice en sus interacciones con los tipos de regímenes políticos en los que se despliega y la forma en que ambos se influyen mutuamente. Tan sólo por ese esfuerzo resalta el libro de Charles Tilly, *Regimes and repertoires*, en que el autor —fiel a su estilo de análisis— nos presenta una investigación histórica, comparada, y no menos exhaustiva del tema que lo ocupa.

En efecto, a partir de un enfoque politológico, Tilly pasa revista a la literatura existente en torno a los repertorios de la contención, concepto cuyo desarrollo e investigación, por cierto, ha sido impulsado por el autor desde sus primeros trabajos sobre la acción colectiva, pero que a la luz de los más recientes hallazgos y debates, ha modificado y ampliado, puesto en contexto al interior de los regímenes políticos y, como se aprecia en el trabajo que aquí se reseña, estudiado desde una perspectiva dinámica a través de la observación de múltiples casos de estudio, con la finalidad de brindarnos un panorama amplio, a través del análisis empírico y la reflexión y propuesta teórica, de la violencia colectiva, las revoluciones, los movimientos sociales y los procesos de democratización.

Y es que para el autor no existe dentro de la comunidad científica un consenso teórico ni un soporte empírico sistematizado sobre las conexiones entre cambio de régimen y política contenciosa; ni por tanto sobre la forma en que las configuraciones y reconfiguraciones de los regímenes políticos tienen un correlato en la forma de expresión, virulencia y demostración de la acción colectiva contenciosa. Tal es su proyecto. De ahí que, para lograr su cometido, Tilly se vale de diversas fuentes de datos que utiliza con los más diferentes propósitos. Los partes informativos de agencias noticiosas como Reuters y BBC son comentados como un ejercicio introductorio de las formas en que los movimientos sociales expresan sus demandas y que constituyen los repertorios de la contención; los informes de Random House, Human Rights Watch o Amnistía Internacional le permiten señalar los espacios de la política contenciosa y cómo se manifiesta. La descripción minuciosa de procesos de genocidio, como en Rwanda; cambios vertiginosos de regímenes políticos, como en Perú; procesos de espirales de violencia ante la ausencia o insuficiencia de estados nacionales, como en Jamaica; o el retroceso que en términos de democracia experimentan naciones, como Estados Unidos, le permiten presentar y desarrollar las principales tesis de su estudio a lo largo de nueve capítulos y numerosos gráficos que resultan amenos y seductores por los casos presentados. De tal suerte que el autor expone análisis que van desde los cambios revolucionarios de la Europa decimonónica, hasta las andanzas y los infortunios de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos en el Perú de finales del siglo XX.

La perspectiva teórica de la que parte Tilly —que él ha contribuido a desarrollar a lo largo de tres décadas de trabajo académico y a la que aporta notablemente en esta nueva entrega— es la tradición norteamericana sobre el estudio de los movimientos sociales, la cual se desarrolló, a veces en conflicto, otras tantas de forma independiente, frente a la escuela de los “nuevos movimientos sociales” o el “paradigma orienta-

do a la identidad” como le ha llamado Jean Cohen. Atenazada a lo largo de ríos de tinta por el problema del *free rider*, la perspectiva teórica de movilización de recursos y el proceso político ha centrado sus baterías en los recursos materiales, organizativos, humanos y simbólicos que los actores políticos despliegan y esgrimen estratégicamente con la finalidad de lograr los fines colectivos que han propiciado la organización, movilización y expresión pública de sus demandas y descontento. Dentro de las herramientas que para tales propósitos detentan los grupos humanos movilizados, amén de las organizaciones y los discursos, se encuentran los repertorios, vale decir, los ropajes con los que los movilizados aparecen en la escena pública; máscaras que les permiten mostrar la intensidad del desafío colectivo, la fuerza y cohesión al interior de la organización, el grado de descontento y agravio por el que han decidido manifestarse y, a partir del estudio de Tilly, la forma que adquieren tales repertorios en función del tipo de régimen político al que se enfrentan.

Y es que la política contenciosa mantiene diferentes formas de exhibirse a sí misma; unas tantas impregnada de violencia, otras veces con rasgos convencionales que parecieran no representar ninguna amenaza pero que, sin embargo, llegan a convertirse en una disrupción del orden social. Así, vale distinguir entre quienes para manifestar una inconformidad política o una diferencia identitaria, se valgan de marchas silenciosas, ataques armados con gran despliegue operativo, mítines en lugares públicos y simbólicamente significativos o cierres y bloqueos de carreteras y avenidas y entre quienes, en aras de expresar una preferencia sexual, una adscripción religiosa o una preocupación ecológica, se valgan del terror de hacerse estallar en un ataque suicida, utilicen carteles multicolores a lo largo de las vías públicas, realicen “sentadas” como el movimiento afroamericano por los derechos civiles; o que esposas, madres y abuelas de los “desaparecidos” de un régimen se manifiesten utilizando pañuelos, velos y pancartas como ha sucedido en Buenos Aires, Santiago de Chile, Guatemala y Argelia. Tales repertorios de la contención tienen la ventaja estratégica de posicionar a los movimientos sociales en los medios de comunicación, sean electrónicos u escritos, por lo que la notoriedad y visibilidad pública alcanzadas por los movilizados no sólo coloca su tema en el centro del debate, sino que también se traduce en una mayor capacidad de interlocución política, canalización de cuadros y alianzas.

Así, dentro del marco del actor estratégico, Tilly se pregunta si es correcta la apreciación de los movimientos sociales como factores fundamentales de las transformaciones al interior de los regímenes políticos. Más aún: sus pretensiones teóricas invitan al lector a reflexionar sobre las relaciones entre el cambio político y la política contenciosa, entre el autoritarismo y la democracia, por un lado, y las movilizaciones y protestas políticas, por el otro. Y es que para el autor no existen correlaciones fáciles, lineales y unívocas entre regímenes y repertorios. Su objetivo en este texto es, por el contrario, hacerse de evidencia empírica para elaborar un mapa de los regímenes que permita clasificarlos de acuerdo con una lógica bidimensional: por su *capacidad* logística y política para hacer frente a las necesidades de la población dentro de un territorio dado mediante el diseño y la implementación de las políticas, por un lado, y por el otro, por su grado de *democracia* o no democracia: la medida en que las per-

sonas sujetas a la autoridad de un gobierno tienen amplios e iguales derechos para influir en un régimen y recibir protección de las acciones arbitrarias del estado y, al mismo tiempo, elaborar un modelo de los diferentes tipos de repertorios de la contención. Así, Tilly encuentra vínculos entre regímenes y la contención o protesta pública que se encuentran mediados por diversos grupos de causas en parte independientes, ya sean estructuras de oportunidad política o los mismos repertorios.

En este sentido, una vez que Tilly ha construido su modelo a partir de ubicar los tipos de protesta en el espacio *capacidad-democracia* de los regímenes políticos, se aboca a desmenuzar cada una de las implicaciones de los patrones detectados. Por ejemplo: en los regímenes de *baja capacidad-no democráticos* existen mayores condiciones de probabilidad de encontrar altos niveles de violencia en las protestas públicas, puesto que el estado no posee el monopolio exclusivo sobre los medios de coerción —ni de negociación política o presión económica—, así como tampoco un control amplio sobre el territorio —que disputa con grupos criminales, separatistas, guerrilleros—, ni de los utensilios de la violencia —armamento—, ni menos aún canales institucionales para atemperar y disipar la disidencia. Al otro lado del cuadrante, en los regímenes *democráticos con alta capacidad* logística y política hay una presencia significativa de autoridades gubernamentales en el escenario de la contención, ya sea para resolver conflictos o fungir como árbitro de los mismos, así como también medios de violencia relativamente bajos, en función de la eficacia de las políticas y las autoridades para enfrentar y resolver, por medio de canales institucionales y democráticos, el descontento colectivo. Por supuesto, previene Tilly, se trata de tipos ideales que en modo alguno se encuentran a lo largo del documentado rastreo que el autor emprende de la geografía política contemporánea, pero que logra ejemplificar de forma eficaz mediante la presentación que aporta de los casos de Uganda, Jamaica, India, Marruecos o Bélgica, por mencionar sólo algunos.

Al argumento de cómo los regímenes políticos esculpen, por decirlo así, la contención, lo acompaña y completa el modelo de cómo la contención, esculpe a los regímenes políticos. En efecto, para Tilly la protesta pública incide de manera acuciosa en los cambios y las transformaciones de los regímenes políticos, ya por medio de reformas legislativas, reacomodos al interior de las coaliciones gobernantes, o incluso transformaciones totales de la política, la economía y la sociedad por medio de revoluciones. De ahí la importancia de detectar las máscaras de la contención, o la forma en que los movilizados expresan de forma pública su descontento y demandas. Un mitin, una carta bomba o una cadena de correos electrónicos son formas de protesta, *performances* que en conjunto logran construir un repertorio de contención que es propio de diferentes formas de política contenciosa. Así por ejemplo, los repertorios de los movimientos sociales contemporáneos en regímenes de alta capacidad y democracia son más flexibles, institucionales y no violentos pero, además, cosmopolitas, modulares y autónomos, en el sentido de que pueden utilizarse en diferente espacios sociales, con fines distintos y sin necesidad de mediaciones entre los manifestantes y las autoridades. Los *performances* son, así, las unidades primordiales de lo que se configurará como un repertorio. Sin embargo, los repertorios de la contención, su forma y expresividad, su notoriedad pública y eficacia política, e

incluso su preferencia por ciertos grupos son variables no sólo en función del tipo de régimen que las alberga, ni tampoco dependen exclusivamente de las oportunidades políticas que a los contendientes se les aparecen en el horizonte, sino que también deben mucho al contexto social y cultural en el que nacen. De ahí por tanto, dice Tilly, la dificultad para encontrar relaciones directas entre regímenes y repertorios, pues su vínculo es complejo.

Sin embargo, destaca un argumento que, si bien matizado, compone la estructura del libro en el tema de los cambios políticos en las sociedades en conflicto: desde una perspectiva elitista de la política, las políticas gubernamentales y relaciones entre actores políticos constituyen una estructura de oportunidad que limita las opciones de la gente para hacer reclamos colectivos frente a los gobiernos o frente a otros grupos. De abajo hacia arriba, *performances* y repertorios previamente establecidos limitan, también, las iniciativas de la gente común. En términos generales podemos argumentar que, pese al esfuerzo de Tilly por mostrarnos la forma en que la contención modifica los regímenes, el libro da más un panorama general de los cambios y las variaciones en los regímenes que tienen el impacto más directo, durable y visible en la política contenciosa; resultado que el autor tampoco niega y, por el contrario, reconoce.

Otro de los temas fundamentales del escrito de Tilly, y que constituye los últimos tres capítulos del libro, es su aplicación del modelo desarrollado en el análisis de la violencia colectiva, las revoluciones y los movimientos sociales. Aquí destaca nuevamente la visión histórica, la identificación de grandes estructuras, procesos de largo alcance y la realización de comparaciones enormes. Tilly es nuevamente Tilly. Destaca en este último ejercicio de reflexión el vínculo régimen-violencia colectiva. Y es que la violencia colectiva, nos dice Tilly, es más una constante que un evento singular en la política contenciosa. Siempre vinculada con procesos colectivos no violentos, la magnitud del daño inflingido a personas u objetos materiales, así como la intensidad de la coordinación entre los actores que recurren a la violencia como forma de expresión de su descontento y demandas, son consecuencia, nuevamente, de la configuración del régimen, es decir, de su tolerancia a ciertos *performances* y repertorios, de la participación de especialistas de la violencia en cualquiera de las partes, de la incertidumbre en torno a los resultados de los reclamos, de la magnitud de las recompensas, de la polarización del conflicto entre identidades encontradas, posiciones políticas, o de la apertura y cierre de la estructura de oportunidad política. Nuevamente es la lógica del actor estratégico la que opera dentro de los límites de la oportunidad política y las posibilidades que otorgan los repertorios.

En *Repertoires and contention* Tilly ofrece al lector los términos más recientes de la discusión sobre la política contenciosa en general; un estudio sistemático de las vinculaciones entre regímenes y repertorios y un exhaustivo ejercicio de trabajo de investigación de series de datos, comparaciones, análisis y construcción de argumentos científicos.

MERCEDES GONZÁLEZ DE LA ROCHA (coord.), *Procesos domésticos y vulnerabilidad: perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*, México, Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, 2006, 482 pp.

MARÍA DE LA PAZ LÓPEZ*

Procesos domésticos y vulnerabilidad: perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades, es un libro espléndidamente concebido y orquestado por Mercedes González de la Rocha. Una obra que constituye el punto de llegada de un esfuerzo de investigación sostenido en el tiempo, de equipo, que ha logrado armonizar distintas miradas provenientes de disciplinas afines como son la etnográfica y la socio-antropológica. Se trata de una obra de lectura amena, alejada de tecnicismos y expresiones conceptuales que muchas veces consiguen distraer del contenido al lector no especializado. Quienes conocen la obra de Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar, y la de los equipos que conforman para cada investigación, saben que ese lenguaje sencillo y directo que caracteriza sus obras, no está vacío de contenido. Por el contrario, a cada definición, propia o prestada de algún otro autor o corriente de pensamiento, los autores se aplican a allanar el camino al lector con una serie de abundantes notas, referencias, citas. Se trata de una obra ampliamente documentada con la buena práctica que deja la experiencia acumulada durante años de trabajo constante, profundo y comprometido con la causa de "...la investigación para mejorar la vida de las personas", como deja asentado la coordinadora de la obra. El resultado de este esfuerzo enorme de evaluación externa ha nutrido al programa Oportunidades desde hace ya varios años.

El primer trabajo de evaluación llevado a cabo por Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar para el programa PROGRESA se realizó por solicitud de José Gómez de León, coordinador del programa en ese momento, y artífice del proyecto de evaluación. Según se reseña en el libro, él abrió el programa a la evaluación cualitativa a través de los estudios etnográficos. En efecto, desde su concepción, el programa fue articulado poniendo en el centro los trabajos de evaluación, con la convicción de que las evaluaciones cuantitativas de impacto debían ser enriquecidas por las denominadas "evaluaciones cualitativas". Con ello se buscaba profundizar en los hallazgos de los métodos estadísticos robustos con el trabajo, robusto también, que ofrece la buena investigación etnográfica. Gómez de León pensaba que la evaluación de impacto debía beneficiarse del trabajo estadístico y etnográfico de manera convergente. Para ello debía hacerse un enorme esfuerzo por sincronizar los intereses de la investigación cualitativa y cuantitativa para la evaluación del programa y conjugar en una sola investigación las fortalezas de ambos tipos de metodologías.

Los resultados de las evaluaciones basados en datos cuantitativos de muestras estadísticamente representativas han sido foco de atención de organismos internacionales y buena parte de la academia porque éstas se consideran las más adecuadas

* Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM).

para evaluar la causalidad usando métodos econométricos o porque con ellas los resultados son generalizables, con mayores grados de confianza. Pero la investigación cualitativa, y sobre todo la etnográfica, como nos lo muestran los autores del libro comentado, permite analizar estrictamente problemas seleccionados desde la teoría, e identificar concienzudamente casos, hechos, que pueden darnos luz sobre las percepciones y vivencias de los beneficiarios del programa Oportunidades. La investigación cualitativa permite también aclarar resultados inciertos o poco comprensibles que son producto de la investigación cuantitativa. ¿Cuál de las vías metodológicas es mejor?; difícil argumentar en uno u otro sentido. Depende para qué. Ambas tienen distintos alcances y limitaciones.

La ruta de los grandes números es de enorme utilidad para tener dominio sobre las características de las unidades observadas por la vía cualitativa; con ello se está en mejores posibilidades de eliminar ambigüedades, resultados inciertos o explicaciones a medias de lo observado. Pero los métodos cuantitativos no pueden informarnos, con la riqueza que lo hacen los métodos cualitativos sobre los procesos, como señalan los autores, sobre todo en los temas que tienen que ver con las organizaciones y dinámicas familiares. De ahí la importancia de no perder de vista la riqueza que ofrece la intersección de ambas vías. El reto que tienen frente los evaluadores de Oportunidades es, precisamente, hacer de la evaluación una práctica aún más robusta haciendo coincidir ambos métodos de trabajo.

La tarea no es sencilla, como tampoco lo era poner en marcha un esfuerzo de evaluación al inicio del programa PROGRESA hoy conocido como Oportunidades. De hecho, me atrevería a decir que una de las dificultades más serias que enfrentó la confección de este programa fue precisamente dejar bien aceiteada la maquinaria de la evaluación. Por varias razones: la primera es que no todos los actores que intervenían en el programa estaban dispuestos a poner a prueba un programa de esta naturaleza, y tampoco a dedicar “demasiados” recursos a un esfuerzo dirigido a la población en situación de pobreza. Estas posturas no son privativas de nuestro país; de hecho, como lo señala Baker (2000),¹ en un texto escrito para el Banco Mundial: “...muchos gobiernos, instituciones y administradores de proyectos se muestran reticentes a realizar evaluaciones de impacto, porque las consideran costosas, prolongadas y técnicamente complejas y porque los resultados pueden ser políticamente delicados, especialmente si son negativos. Muchas evaluaciones también reciben críticas porque... no responden las preguntas adecuadas o no se realizaron con suficiente rigor analítico. Otra restricción frecuente es la limitada disponibilidad y calidad de los datos”, señala el autor.

PROGRESA remontó muchas de las dificultades señaladas. Se benefició de un trabajo previo elaborado en el Consejo Nacional de Población (CONAPO) (por Rosa María Rubalcava y un equipo experto en el tema), y a partir de entonces generó su propia información para las evaluaciones. Trabajo que entonces parecía un despro-

¹ Judy L. Baker (2000), “Evaluación del impacto de los proyectos de desarrollo en la pobreza. Manual para profesionales”, Washington, DC, LCSPP/PRMPO, Banco Mundial.

pósito en tiempos de crisis hoy puede verse como su mejor inversión. Se requirió convencer a quienes presupuestaban y disponían de los fondos para los programas de combate a la pobreza. A mi juicio, en el diseño del programa de evaluación radicó la fortaleza del programa.

Las primeras evaluaciones, realizadas por expertos internacionales, no sólo sirvieron para poder trascender una administración, sino también para convencer sobre las bondades de la ampliación del programa, para afinar su acción, para sentar las bases para hacer ajustes a su operación. Con las evaluaciones, dicho sea de paso, se ha ganado el reconocimiento de los organismos multilaterales, y no es gratuito que ahora se replique en una buena cantidad de países tanto de la región latinoamericana como de otras regiones.

PROGRESA-Oportunidades ha buscado identificar los impactos del programa con las evaluaciones realizadas, y detectar si ha producido los efectos buscados y plasmados en sus objetivos, distinguiendo con claridad si tales efectos son atribuibles o no al propio programa. En el camino, también se ha preocupado de analizar las consecuencias no previstas, los efectos no buscados, ya sean positivos o negativos. Y eso hace precisamente este equipo de antropólogos. No se restringen a evaluar el programa sólo desde sus componentes-objetivo. Lo hacen con una mirada amplia, en un horizonte que busca ver a la población objetivo en distintas esferas de sus vidas y en el andar del tiempo.

Para quienes estamos más habituados al análisis descriptivo, a los grandes números, a la constatación del valor numérico de los hechos, nos resulta fascinante encontrarnos con tanto material para hacer reflexiones sobre el tema central de este texto que, como dice González de la Rocha en la introducción, trata del “cambio doméstico familiar que se genera” a partir de la relación del Programa con el “Estado” y sobre los “...cambios en las economías de los hogares pobres y en los procesos gestados al interior de estos grupos domésticos en su exposición a Oportunidades”. Sin embargo, cuando repasamos los distintos capítulos del libro constatamos que se trata de una serie de búsquedas de los autores en una variedad de tópicos que rebasan estas acotaciones. Se aproximan a temas como el de la vulnerabilidad e inspeccionan, en distintos contextos hogareños, la capacidad de los hogares para movilizar recursos y responder a situaciones críticas como la falta de empleo, la enfermedad, la ruptura familiar. El abordaje del tema de la sobrevivencia y los mecanismos de adaptación lo hacen —como lo advierten en la introducción— “sin perder de vista” los límites impuestos a las familias y los hogares por la falta de opciones para lograr aprovechar mejor aquellas alternativas que el programa brinda. Se trata pues de identificar, como lo señala González de la Rocha, “los límites de la reproducción”.

Los autores se lanzan a la tarea de analizar las ventajas y desventajas que tienen los hogares frente al programa y buscan identificar aquellas ventajas asociadas con Oportunidades, que conducen a mejoras reales en la vida de sus integrantes. También describen los escenarios y las condiciones hogareñas que potencian o limitan los impactos que busca el programa: como los hogares en etapa de expansión, de equilibrio, de consolidación, los hogares denominados “dona” —sin la generación intermedia—, los hogares dirigidos por mujeres, entre otras formas de organización doméstica.

No vamos a hacer un recuento del contenido de los capítulos del libro; ya lo hace Mercedes González de la Rocha, al reseñar prolijamente la obra, en el capítulo introductorio, sólo quisiera referirme a algunos de los temas abordados en el texto.

El libro comentado está sustentado en la pregunta que el programa Oportunidades se ha hecho a lo largo de todos estos años, incluso desde su diseño: el cuestionamiento sobre las dinámicas hogareñas que puede desatar al buscar incidir en la ampliación de las capacidades básicas de las personas, sobre todo las de los niños, las niñas y los jóvenes. Esas dinámicas tienen detrás de sí la propia historia familiar y doméstica, pero también están insertas en procesos y contextos sociales amplios que no se pueden perder de vista. Los autores del libro precisamente intentan responder a esta pregunta básica desde distintos ángulos. Desde el capítulo introductorio, González de la Rocha advierte la importancia de tener en cuenta los procesos domésticos en el seguimiento del programa y la necesidad de profundizar en el tema, al referirse a los “recursos domésticos y vulnerabilidad”, lo cual retoma en el primer capítulo. En el resto de capítulos, de alguna u otra manera, con mayor o menor énfasis, se recurre a referencias sobre los procesos sociales y económicos que han acompañado el periodo en que se observa esta serie de investigaciones. Asimismo, González de la Rocha elabora una rica reflexión sobre el tema de las “estrategias de sobrevivencia” y la reproducción social y sobre los esfuerzos que despliegan los miembros de las unidades domésticas, tanto a nivel familiar como en contextos más amplios, sobre todo en situaciones de crisis económicas. Estas reflexiones son retomadas por los autores en distintos capítulos del libro.

Tal como lo refieren los autores del texto comentado, una de las críticas más severas al “enfoque de las estrategias de sobrevivencia”, hecha por Wolf, se refiere a la confusión analítica que suele hacerse de los individuos y los grupos domésticos, como si fuesen una unidad que responde de manera indiferenciada a los procesos. La consecuencia de una visión de este tipo en los análisis elaborados sobre esta vertiente de investigación es dar tratamiento también indiferenciado a los individuos y los hogares. Por el contrario, otros autores destacan que se trata de individuos con cuotas de poder que determinan posiciones dentro de la familia, que “permiten” ciertos grados de autonomía, y posibilitan o no la participación en la toma de decisiones. Este enfoque es consecuente a lo largo del libro. Los autores hacen especial énfasis en los aportes que puede dar la investigación realizada al incorporar la visión de los “recursos y las posibilidades de elección” que tienen mujeres y hombres de los grupos domésticos, así como la de los límites que impone el entorno socioeconómico al despliegue de iniciativas y acciones de “sobrevivencia”.

Los autores se propusieron documentar con especial detalle las composiciones hogareñas. Narran las situaciones difíciles que atraviesan los hogares en condición de pobreza, así como algunos de los aspectos que se erigen como obstáculos para que los hogares hagan uso y puedan potenciar los buscados efectos del programa Oportunidades. En este sentido, quisiera referirme a la condición social de las mujeres y a algunas de las críticas recurrentes que ha recibido el programa desde la óptica de una vertiente de los estudios de género, en dos aspectos básicos: el uso de su tiempo, es decir, la sobrecarga de trabajo, y la violencia de género. El primer caso está referido

a las corresponsabilidades que impone Oportunidades a las mujeres para asistir a pláticas informativas y la obligación de llevar a sus hijos a las clínicas para que reciban servicios preventivos de salud y de acudir ellas mismas a los servicios de atención prenatal cuando se embarazan. Al respecto, se ha planteado que las corresponsabilidades que recaen básicamente sobre las espaldas de las mujeres refuerzan su subordinación en el ámbito doméstico y familiar; pero este planteamiento —ataja González de la Rocha en el libro que comentamos— “...es demasiado radical y poco adecuado porque no toma en cuenta las opciones —aunque reducidas— que los programas también abren para la renegociación de los intereses y las relaciones de género (control de las transferencias, participación en los espacios comunitarios, acciones femeninas colectivas alrededor del programa)” (p. 168).

Otro de los tópicos tratados en investigaciones que aborda el tema en este sentido es el referido a la ampliación de las capacidades, el uso de opciones y el ejercicio de libertades de las mujeres beneficiarias, que son obstaculizados o restringidos por la sobrecarga de tareas y la incompatibilidad de las corresponsabilidades con las responsabilidades hogareñas y familiares (tanto de niños y niñas, como de jóvenes y mujeres) y las posibilidades de que las mujeres realicen trabajos remunerados. Sobre estos temas hay una abundante cantidad de referencias y narrativas, que no siempre apuntan en el mismo sentido porque se trata de ver esa sobrecarga a la luz de los límites que impone la organización y dinámica de las familias.

En general, las mujeres en situación de pobreza están muy sobrecargadas por las tareas y responsabilidades domésticas. Por ello, es previsible que las corresponsabilidades derivadas de un programa demanden tiempo de las mujeres, sobre todo en ciertas actividades, como lo muestran de manera parcial las investigaciones cualitativas y, en cierta medida las cuantitativas, aunque con resultados menos contundentes para todos los grupos abordados. Es notoria la ausencia, en ambos tipos de investigación, de la medición o el estudio de un aspecto fundamental de las cargas de trabajo de las mujeres inscritas en Oportunidades: el tiempo de cuidados que significa para ellas la enfermedad de otros miembros de la familia, particularmente de los hijos. Al respecto, nos encontramos con preguntas aún no resueltas desde las evaluaciones del programa: ¿en qué medida las mujeres beneficiarias son liberadas de tiempo de cuidados de niños enfermos de diarreas, gripes, etc. debido a la corresponsabilidad que impone el programa para que la salud de sus hijos sea vigilada por los servicios de salud?, ¿qué ganancias, si es que las hay, obtienen en su salud esos niños?, ¿cuántas horas ahorran las mujeres cuando sus hijos están más sanos?, ¿cómo viven la carga de las corresponsabilidades las mujeres?, ¿las vivencias de las corresponsabilidades son iguales para todas las beneficiarias?, ¿depende ello del contexto familiar?, ¿cuál es el efecto de la liberación o el incremento de tiempo que la corresponsabilidad impone a las mujeres, en distintos tipos de unidades domésticas, para su participación en el mercado de trabajo?

Sobre los contextos familiares encontramos referencias abundantes en los distintos capítulos que nos muestran diferentes condiciones hogareñas con importantes referencias para poder realizar estudios a mayor profundidad sobre estos aspectos de la vida de las mujeres. Estudios de esta naturaleza serían de enorme utilidad para que

el programa abordara, sobre bases más firmes, medidas concretas sobre este problema, emprendiendo acciones denominadas afirmativas —para ciertos tipos de unidades domésticas— que busquen liberar a las mujeres no sólo de preocupaciones y gastos, sino de tiempo de cuidados, y por ende actuar sobre la citada subordinación de las mujeres a los requerimientos de los cuidados de otros.²

En este sentido, sería recomendable que la investigación para las evaluaciones del programa tuviera en cuenta que las familias inscritas en Oportunidades y sus miembros están pasando por procesos que no son lineales y que algunos de sus efectos son, en cierto sentido, acumulativos. Una importante ventaja de la investigación cuantitativa es que permite estudiar grupos amplios de población, y aunque este tipo de investigación se considera propia para hacer inferencias en grupos amplios de la población, es importante tener en cuenta que algunos de los efectos encontrados en las evaluaciones de este tipo han pasado por alto que éstos tienen un carácter provisional, temporal, y que están sujetos a variaciones debidas a esa acumulación previsible de los efectos. Los estudios cualitativos han ofrecido importantes hallazgos en este sentido.

El otro aspecto al que quiero referirme es el de las imputaciones que se han hecho a la intervención del programa sobre la proveeduría económica de los hogares, sobre el conflicto y la violencia que aparentemente genera. Al respecto, quisiera llamar la atención sobre el carácter dinámico de los efectos del programa y las lecturas que ha tenido por diversos actores. Recordemos que muy próximo a la puesta en marcha del programa PROGRESA se le atribuyó, también de manera tajante, la responsabilidad de estar generando violencia contra las mujeres. Algunos resultados de estudios cualitativos, que no etnográficos, apuntaban en este sentido. La propia naturaleza de la situación sobre la vida de las mujeres generó preocupación en la literatura sobre género y políticas sociales. Hoy en día, podemos ver numerosas citas de los primeros trabajos cualitativos realizados a escasos meses de inicio del programa PROGRESA. Con ellas, desde algunos espacios políticos y de organizaciones no gubernamentales, se ha cuestionado el programa aduciendo que “provoca” violencia, debido a la molestia que genera en los hombres que sean ellas quienes reciben las transferencias económicas. En una especie de revancha —se sostiene—, los hombres despojan a sus parejas del dinero que reciben y les propinan golpes. En este mismo sentido también se advierten algunas evaluaciones o apreciaciones sobre el programa, elaboradas con base en estudios de casos aislados o con pequeñas muestras acotadas a determinadas comunidades, como ocurrió con PROGRESA en sus inicios. Pero el tiempo de exposición al programa ha resultado un factor fundamental para visualizar con mayor claridad sus efectos. González de la Rocha, al referirse a los cinco años de

² Para mayores referencias sobre contextos familiares, véase el referido a la jefatura femenina en el trabajo, de Rosa María Rubalcava (2006) “El ingreso de los hogares rurales pobres y los beneficios monetarios del Programa Oportunidades vistos desde una perspectiva socioespacial de género: la jefatura económica femenina en Guanajuato”, en María de la Paz López y Vania Salles, *El Programa Oportunidades examinado desde el género*, México, SEDESOL, 2006.

evaluación de Oportunidades señala que las beneficiarias en áreas rurales ahora están más organizadas y han logrado sortear mejor el problema de la violencia. De acuerdo con la autora, las beneficiarias de áreas urbanas emplean ahora "...sus criterios de administración de los recursos con menos interferencias de otros miembros del hogar (comparadas con mujeres de las evaluaciones anteriores). Ello ha aumentado la autonomía de las mujeres en la administración de los recursos, que no significa autonomía femenina a secas, ni 'empoderamiento' femenino, lo que no resta el valor que ellas le reconocen a esta mejoría".

En este sentido el planteamiento de González de la Rocha y coautores alude al concepto de "empoderamiento de las mujeres", tratado de manera limitada en investigaciones sobre este tema. No escapa a la autora que el concepto de autonomía es dinámico y multidimensional, y así lo resume cuando señala que no se trata de autonomía a "secas". El concepto de empoderamiento también es dinámico y multidimensional, y tiene en cuenta que las mujeres consiguen o pierden "cuotas" de poder en unos espacios y pierden o ganan en otros, y que parte de esas ganancias o pérdidas pueden tener un carácter acumulativo. Por ello, coincido con los autores en que es muy radical la afirmación de que el programa Oportunidades "refuerza la subordinación", como si las beneficiarias fuesen receptoras pasivas, incapaces de sacar provecho de las opciones que se les presentan.

En efecto, el empoderamiento de las mujeres no es algo que ocurra de manera lineal y se obtenga de una vez y para siempre. Se trata de un concepto que alude a la posibilidad que tenemos las mujeres de empoderarnos en todas o en determinadas facetas de nuestras vidas. La observación de González de la Rocha tiene importantes implicaciones para el programa. Por un lado, nos conduce a interrogarnos sobre lo que puede hacer el programa para avanzar, de manera más firme, en la ampliación de opciones para las mujeres y el ejercicio de sus derechos. Por otro, sobre las medidas concretas que pueden emprenderse para potenciar esa autonomía —que ya se vislumbra en la administración de los recursos—, y que se traduzca en mayores logros de autonomía en otras esferas de la vida de las beneficiarias del programa.

Un problema tan recurrente como la violencia contra las mujeres no puede ser soslayado por los programas sociales que las tienen como beneficiarias directas; menos aún a aquellas que no logran mayores grados de autonomía y no pueden escapar del círculo de la violencia. El problema de la relación entre violencia y la ejecución del programa Oportunidades es complejo y ha sido necesario estudiarlo con mayor detalle para conocer los efectos de la participación de las beneficiarias sobre los eventuales cambios del comportamiento de dicho fenómeno.

Algunos trabajos de evaluación ofrecen valiosas pistas de lo que está ocurriendo con las mujeres beneficiarias de Oportunidades en términos de la violencia de género. En un texto previo, González de la Rocha y Escobar (2003) destacan la mayor autonomía que produce a las mujeres recibir una transferencia de recursos monetarios: "...hay indicios de que en un plazo mayor las transferencias y responsabilidades de beneficiarias, vocales y promotoras coadyuvarán para que ganen autonomía y autoridad en sus hogares, aunque es muy posible que esto produzca conflictos... hay indicios de que las mujeres están aprendiendo a defender los ingresos del pro-

grama para destinarlos a la compra de mejores alimentos y de ropa y zapatos para sus hijos”.³ Es posible que las ganancias en autonomía y autoridad logren influir en la prevalencia de violencia. Hasta ahora se tienen apenas algunos indicios derivados de investigación cuantitativa que permiten señalar que la violencia de género es un problema complejo que no emana espontáneamente de intervenciones externas al grupo doméstico. Se trata de un problema relacional, que tiene su base en las relaciones de poder que se tejen desde la formación de la pareja. En efecto, toda intervención sobre las relaciones de género es compleja, porque los cambios en este terreno constituyen procesos también complejos. Identificar impactos en este campo requiere de una mirada profunda y de una metodología adecuada que permita eludir la tentación de adelantar respuestas con escaso sustento. Hoy, gracias a la conjunción de un esfuerzo por mirar este problema utilizando como herramientas tanto la metodología cuantitativa como la cualitativa, ha sido posible constatar que la violencia contra las mujeres inscritas en Oportunidades en zonas urbanas no es mayor, como se suponía, que la que se aprecia entre mujeres en su misma condición social que no son beneficiarias del programa.⁴ Una constatación producto de la investigación cualitativa no es generalizable al conjunto de la población, a menos que se utilicen herramientas estadísticas apropiadas, pero también porque ese no es su propósito, como muy bien lo apuntan los autores del texto que comentamos. Pero no nos podemos quedar ahí. El que haya apenas algunas aproximaciones a una evaluación de impacto de un problema de género no contemplado en el programa, cuyos resultados muestran que éste no está generando, de suyo, violencia contra las mujeres por parte de sus parejas, aunque pudiera exacerbar conflictos, o dar un giro a la forma de violencia ya presente antes de la llegada del programa, no quiere decir que no se deba actuar sobre la violencia de género. La magnitud del problema exige que se aborde sobre todo porque toca el campo de la restricción de las libertades, de la limitación de las capacidades adquiridas para utilizarlas a favor de la consecución de otras capacidades, como la generación de ingresos para alcanzar mayores niveles de bienestar.

Dos de los pilares del enfoque de Desarrollo Humano (Sen y Nussbaum) han insistido en el imperativo de contar con un listado básico de capacidades que busquen poner la mira en el logro de un mínimo primordial de calidad de vida, de bienestar. Por un lado, se tiene en cuenta los derechos fundamentales que permiten la ampliación de capacidades y el ejercicio de sus libertades. Por otro, contar con una lista básica hace posible hacer seguimiento y evaluación del desarrollo humano y, por supuesto, la crítica para crear conciencia, pero también para motivar y generar debate y

³ A. Escobar y M. González de la Rocha (2003), *Evaluación cualitativa del Programa Oportunidades en zonas urbanas*, México, Serie Documentos de Investigación, Secretaría de Desarrollo Social.

⁴ Véase L. Rivera, B. Hernández y R. Castro (2006), “Asociación entre la violencia de pareja contra las mujeres de las zonas urbanas en pobreza extrema y la incorporación al Programa Oportunidades”, y N. Maldonado, M. Nájera y A. Segovia, “Efectos del Programa Oportunidades sobre las relaciones de pareja y familiares”, en María de la Paz López y Vania Salles, *El Programa Oportunidades examinado desde el género*, México, SEDESOL.

sensibilizar a diversos actores involucrados en el cumplimiento y disfrute de tales derechos.

En este campo teórico-conceptual fue inscrito el propósito del programa PROGRESA-Oportunidades.⁵ Su objetivo es ampliar las capacidades básicas de la población, sobre todo de las nuevas generaciones, buscando con ello romper la transmisión intergeneracional de la pobreza. Las capacidades básicas consideradas en el programa son: la educación, la salud y la nutrición; “lista” sustentada “en la filosofía de que la interrelación positiva entre ellas potencia la efectividad de un programa integrado sobre los beneficios que podrían observarse de manera separada en cada uno de los componentes”.⁶

Este reconocimiento resulta relevante en la medida en que la ampliación de las capacidades de las personas implica el ejercicio de derechos fundamentales.

Cuando se busca asegurar un derecho de alguien es preciso que “ese alguien” sea realmente capaz de elegir esa función. La elección de las capacidades básicas que han de ser evaluadas y monitoreadas constituye un aspecto de fondo, ya que esa elección se hace con el propósito de que sean protegidas por el poder público —en el sentido de salvaguardar los derechos de las personas— y por tanto debe realizarse bajo el escrutinio público, la evaluación abierta, como la que se sintetiza en este libro.

A lo largo de los capítulos, los autores van tejiendo la relación entre esas capacidades de los beneficiarios que pretenden ser ampliadas por Oportunidades y las posibilidades reales que tienen de elegir opciones y ejercer libertades. El repaso minucioso sobre la diversidad hogareña de las familias inscritas en Oportunidades les permite detectar las estructuras y dinámicas familiares que propulsan o impiden a sus miembros tomar ventaja del programa; el uso que hacen los miembros de los hogares de sus relaciones intra-domésticas y de sus redes sociales, acumulando una serie de ventajas y desventajas dependiendo de los procesos desatados por su realidad cotidiana y sus propias historias. Pero todavía más importante es el trabajo detallado que desarrollan en términos de los contextos y procesos locales que potencian o minan y erosionan los objetivos de Oportunidades. Más aún, ponen en perspectiva el futuro previsible de algunos tipos de organización hogareña y sus dinámicas, alertando a los tomadores de decisiones sobre intervenciones posibles. Un aspecto importante

⁵ Para los diseñadores de PROGRESA la ampliación de las capacidades debía ser el eje articulador del programa: “Con mecanismos transparentes es indispensable contribuir a una mayor eficacia para reforzar directamente los recursos de las familias en pobreza extrema (instrumento), así como apoyar el desarrollo de las capacidades de sus miembros y la posibilidad de optar por diversas opciones de cada uno de ellos para, por sus propios esfuerzos, lograr suficiencia económica y elevar sus niveles de ingresos (trabajo digno) como reconocimiento de los derechos sociales que nuestra Constitución consagra y debiera ser el principio ordenador de la política social”, J. Gómez de León, Susan Parker y D. Hernández (1999), *PROGRESA, A New Strategy to Alleviate Poverty in Mexico*, Document prepared for Social Policy Conference, World Bank, junio, p. 1.

⁶ Gómez de León, 1999.

que resulta de esta rica investigación colectiva es que destaca la ventaja que brinda la focalización de acciones, ofreciendo puertas de salida por la vía de acciones afirmativas o específicas para determinados contextos hogareños y en ámbitos locales concretos.

Tanto las capacidades como los derechos son dos asuntos que tienen que ser abordados desde la perspectiva de la “justicia básica”, lo que es socialmente relevante para ser protegido por el Estado. En este sentido, hay que plantearse el vínculo de los derechos específicos de las mujeres con las capacidades que se busca tutelar. El derecho a la igualdad y el derecho al acceso a una vida libre de violencia son fundamentales en la vida de las mujeres, y no hay razón para ignorarlos en un programa cuya sensibilidad de género es ampliamente reconocida.